

la inflexibilidad de la capitulación, a la nación alemana a un obligado cierre de filas en torno al nazismo, y sobre todo, se hubiera podido vencer a Alemania sin entregar el corazón de Europa, la propia Alemania, Checoslovaquia, Hungría, etc., al comunismo. Pero para eso hacían falta unas cabezas, unos gobernantes, educados para el Poder, unos gobernantes sabios, justos, equilibrados; unos gobernantes y un sistema que no hubieran olvidado la antigua lección de la Educación del Príncipe.

Seguramente ya es muy tarde para que nuestra situación histórica pueda volver a incorporar esa sabiduría. Y sin embargo, aún negada, está en nuestra sangre. Grecia hizo a Roma y estrechísimos son también sus vínculos con el Cristianismo y el catolicismo, y es sobre esos pilares soberanos donde se alza la Civilización Occidental. El discurso final de esa civilización es sombrío, violento, tantas veces sórdido e imprevisible en su holocausto. Cada vez nos alejamos más de aquellas metas griegas de equilibrio y orden. Pero el que aún vivan en nosotros nos obliga a la desesperada batalla por ver qué elementos de aquel discurso pueden aún actuar sobre nuestra sociedad y modificar nuestra vida.

El problema no es sencillo, y tratar de responder a él, menos aún. Occidente parece lanzado incuestionablemente por la vía de los gobiernos democráticos basados en el sufragio universal y el régimen de partidos, en la dimisión moral, en la realización (o su intento) de una sociedad más igualitaria basada en el reparto de bienes y la creación de una pujante clase media. Al mismo tiempo esos pretendidos afanes igualitarios no han sido capaces de evitar el crecimiento del capitalismo salvaje, el sometimiento de gran parte de la población al paro (aunque aumenten las medidas de protección social) y al hundimiento en el más abyecto materialismo y en la negación de todo principio moral. Si analizamos bien, todos aquellos ensueños por los que al menos ideológicamente se planteó el cambio de régimen a finales del siglo XVIII han sido vulnerados, y el mundo se precipita en una ola de horror y violencia ¿Puede el legado de Grecia aportar algo, pueden sus ejemplos insignes mostrarnos algún camino? Personalmente creo que sí, pero también estoy seguro de que no volveremos los ojos a su ejemplo y, perdonen ustedes mi pesimismo, creo que desembocaremos en una hecatombe. Pero algo sí pueden enseñarnos. Pueden al menos descubrirnos otras posibilidades de vida, no ya las suyas, sino las que nosotros fuésemos capaces de crear si fuésemos capaces de saber adónde vamos, si tuviéramos una meta. Lo que Grecia hizo puede servirnos de advertencia. La Civilización Occidental, en un momento de su evolución, arrollada por la Revolución Industrial, se metió por caminos imposibles; jamás el odio y la separación entre las profesiones fue tanta; y en un momento dado de su historia, aquellos a quienes la Democracia había enseñado a obedecer de forma indiscriminada, obedecieron, hubieran obedecido cualquier cosa, y obedecieron: el nazismo fue la salida, y aquellas fuerzas que en nombre de la Libertad lo derrotaron militarmente, acabaron impregnadas de sus principios, que son los que hoy asolan nuestras vidas: el ensalzamiento del éxito económico, la exaltación de la violencia, el engaño, la propaganda, el sutil mecanismo para embaucar, la ceguera ante el horror, la postración y la sumisión moral, la victoria de la brutalidad, lo que tantas veces he llamado el Poder sin Conciencia. Aunque el desarrollo de esa huguiana "hambre del monstruo" desenjaulado parece que sólo se detendrá con el sacrificio final, ciertos elementos del discurso de Grecia, de

su Legado, pueden ayudar a modificar algunos aspectos de nuestra realidad y a hacer más llevadera nuestra vida. Debemos concluir en que no hay usanzas políticas perfectas, ni acaso la esencia de una política sea la perfección; gobernar es un discurso de aproximaciones, tentativas, hacia la consecución de una armonía que permita lo mejor posible que la comunidad viva, se desarrolle, propenda a la felicidad y alcance la más alta cumbre de su esplendor espiritual. El movimiento de la Historia no es una línea recta y ascendente, sino una serie de meandros, y a veces de Guadianas. No se puede dudar de que cada uno de los sueños políticos del hombre ha alumbrado cabezas despejadas, estadistas y filósofos que verdaderamente trataban de alcanzar lo mejor, y desaprensivos viviendo a costa del resto de sus conciudadanos. Pues acaso el fondo de la cuestión sea que todo sistema es bueno si quien lo ejerce es bueno (aparte de la natural evolución de cada práctica que tiene su aurora de esperanzas, su mediodía de conflictos y su anochecer fracasado). Grecia no fue una excepción, y si nuestro mundo se ha construido sobre ella —hasta sobre su lengua— no es porque los griegos lograran siempre hacer realidad sus sueños, pues muy al contrario, en numerosas ocasiones su política fue un despeñadero atroz y padecieron toda suerte de infortunios, excesos y yerros. Pero su idea de la sociedad fue tan equilibrada, y muchos de los hombres que lo simbolizaron, tan preclaros, que los siglos no han podido sino contemplar embobados su ejemplo, tratando de aprender de su sabiduría.

Sin duda Grecia es irrepetible. Pero su historia, enseña. Y como llegó muy lejos y muy alto, puede enseñar mucho. Aunque las situaciones sean diferentes en apariencia —¿qué podría instruirnos en unas tan complejas relaciones internacionales como las nuestras, una sociedad que casi no las cultivó; de unificación, un pueblo que se caracterizó por su atomización; sobre las muy complicadas dependencias de las sociedades industriales, aquella rural y autárquica?—, aunque nuestro mundo sea, repito, otro, la lección de Grecia es necesaria para vivir como el aire que respiramos, porque los griegos llegaron a saber cuanto hay en el fondo de nuestro destino, en el fondo del corazón del hombre, su coraje y su cobardía, su codicia y su generosidad, su crueldad y su bondad, su miedo y su osadía, su necesidad de soledad y su condición solidaria, y los límites de todo ello, los del Orden y los de la Libertad. Por eso es la gran maestra.

A estas alturas de nuestro siglo, seguramente es pérdida de tiempo cuestionar las fórmulas democráticas de representación, las vinculaciones internacionales del comercio, del dinero, los movimientos de cohesión como la actual evolución hacia una Europa unida, las tensiones igualitarias de los sexos, etc. Lo que Grecia puede enseñarnos, con su sabiduría y sus fracasos, con su altísimo ejemplo, son ciertas reflexiones que acaso pudieran mejorar nuestra vida. Por ejemplo: el Sistema Democrático parece incontrastable, aunque muchos de sus errores estén poniendo en peligro precisamente algunos de los valores que pretendió defender con su aparición histórica. Pues bien: ¿acaso no es factible una democracia más selectiva; una sociedad donde estén garantizados los derechos de los ciudadanos que ya son nuestra costumbre para considerarnos en posesión de una vida placentera, próspera y libre, pero donde al mismo tiempo la línea de la ley que separa lo que es posible de lo que arruina la sociedad se alza sea clara, firme, segura de su derecho? ¿Esas garantías de libertad podrían no incluir el triunfo de los malvados, de los incapaces, de los codiciosos, de los violentos? ¿Es posible el

equilibrio de Orden y Libertad, tan amado por Cicerón? Acaso una profunda meditación sobre la esencia de la Libertad y sus límites pueda ser una respuesta. Está en todo el discurso griego, en sus aciertos y también en sus fracasos. Se podría reflexionar sobre las presuntas garantías del sufragio universal sin olvidar que casi sin excepción a lo largo de los siglos los tiranos suelen alzarse por aclamación popular.

Otro ejemplo: ¿sería posible que las guerras —inevitables— puedan ser limitadas? Limitadas en todos los sentidos; usadas como instrumento de la política y con una muy cuidadosa utilización de sus armamentos, estrategias y fines.

Otro ejemplo: ¿es posible una Enseñanza —una absoluta transformación de los actuales sistemas de enseñanza— donde de nuevo se situara como meta el amor a la sabiduría por sí misma, de la cultura como algo cuyo disfrute es no sólo el más alto deleite sino que en ese movimiento hacia ella es donde el ser humano logra su rostro más hermoso y noble, desechando de una vez por todas esta moderna obsesión de zopencos que es el ansia de información? Y sobre todo, con una absoluta conciencia de que ese amor, esa curiosidad ilimitada y ese placer no pueden jamás —bajo ningún concepto— ser desvalorizados, volar más bajo del cielo en que los mejores hayan sabido asentarlos.

Por ejemplo: la Industrialización parece indetenible. Pero ¿no sería admisible aún implicando sacrificios del consumo exacerbado de unas pocas naciones, tratar de mantener un crecimiento equilibrado, dentro de unos límites que mitiguen en lo posible el que nuestras vidas se conviertan en infiernos, disminuir el hambre de los países que no participan del gran banquete, abrir caminos nuevos que aún planteándose cierta marcha atrás, no generen en los favorecidos la condena al paro de parte de su población? Las concentraciones urbanas originadas por esa industrialización, ¿necesariamente han de ser monstruosos organismos productos de angustia, de soledad, de desorden? ¿Es forzoso que la sociedad moderna en su evolución destruya la familia? Y como última reflexión, si el horror que hemos acumulado, si la ruina moral y la barbarie que hemos establecido como norma y costumbre son la única salida de esta sociedad industrial, ¿merece la pena perseverar en ella?

Otro ejemplo: ¿es posible un sistema electoral —y esto es fundamental— donde los candidatos expongan al pueblo sus ideas sobre el gobierno de la nación, sin ser favorecidos por publicidad ninguna, sin patrocinios ni especial protección económica, esto es: sin otro apoyo que su propio valor personal, el poder de convencer de sus ideas? La televisión y la radio pueden servir en una sociedad tan populosa como las nuestras a que ese discurso sea atendido por la nación de forma lo suficientemente razonable como para garantizar, mejor que con los actuales procedimientos, la calidad del pretendiente.

Es muy probable que esa misteriosa plenitud que queda en algunas personas, y que es Grecia, no tenga posibilidades de modificar ya nuestro destino, que Occidente se hunda cada vez más en el horror, y que las democracias, inseguras y atemorizadas, den paso en su seno a nuevos totalitarismos salvajes. Recuerden ustedes una espléndida película de Bergman: *El Huevo de la Serpiente*.

Miramos hoy el orden antiguo como miramos sus estatuas, sus arquitecturas orgullosas y limpias y los textos que alumbraron la lucidez del mundo, como algo que va

no podemos repetir. El legado de Grecia en el orden político se hunde en la misma sima donde todos los valores que ha producido la humanidad, caen, con sus dioses y sus sueños, y a cuya boca campea feliz un asesino.

Pero mientras en nuestra sangre queden vivos los viejos principios de Orden y Libertad, de Libertad con Orden, de Justicia, de equilibrio, de predominio de lo razonable sobre lo inicuo, de la belleza sobre la barbarie, pervivirá ese legado y habrá un rayo de luz en medio de las tinieblas. Goethe dijo: «Sed griegos, a vuestros diversos modos y particularidades, pero sed griegos». Creo que al menos lo hemos intentado esta tarde.

Muchas gracias.

José María Álvarez